

MAR DE SUEÑOS

ALFREDO ÁLAMO



Mar de Sueños

CC Alfredo Álamo Marzo 2005

alfredomail@gmail.com

Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.



Las tres brujas estaban reunidas en torno a un gran caldero humeante.

Eso era en verdad cosa de brujas, pero, al contrario de lo que muchos estarán pensando, ninguna pócima ni veneno estaban preparando. Al contrario, podríamos decir, pues, al ser la hora de la merienda, cocinaban una buena marmita llena de chocolate, una marmita donde luego, como todas las tardes, mojaban ricos y deliciosos pasteles.

Una de las brujas se asomó al burbujeante puchero diciendo con voz aguda y chillona:

—Esta tarde vamos a tener visita, hermanas.

Y dicho esto lanzó una de esas carcajadas tan típicas de las brujas, una de esas que hielan la sangre de la gente que no pertenece al Reino de la Noche. Pero como sus hermanas sí lo eran, lanzaron sus propias carcajadas. Así empezó lo que entre ellas solían llamar “La Risa Más Rota” que sólo terminó cuando, debido a lo agudo de sus risas, tres ventanas estallaron y el retrato de Tía Elisa cayó al suelo y se rompió.

Las tres hermanas brujas se miraron desde el suelo, ya que de tanto reír se habían agotado, y pensaron que la caída de Tía Elisa era un mal presagio. Pero como tampoco entendían mucho acerca del Bien y del Mal, así como tampoco sabían de muchas otras cosas por ser unas brujas novatas, empezaron a reírse de nuevo, esta vez hasta que no quedó un solo cristal sano en su pequeña y verde casa en lo alto de la colina.

Y casi se les quemó el chocolate.

☛ *De lo que aconteció en el pequeño, pero interesante, pueblo de Atardecer (donde el Sol nunca se pone)*

Imaginad un pueblecito.

Casas grandes, paredes siempre blancas.

Todo teñido en oro, un oro de luz amiga que el Sol, nadie sabe bien el porqué, regaló al pueblecito más tranquilo del mar de Sueños.

Era ese aspecto eterno, de duermevela, el borroso percibir las cosas que son y no son cuando te adormeces, la vida en Atardecer. Por eso no era raro ver, a cualquier hora del día, a alguno de sus habitantes soñar despierto; lo hacían en medio de la Plaza Mayor, junto a la fuente del Arco Iris, con los ojos abiertos imaginando ser un rey poderoso, un pirata aventurero o una gran poeta en la corte del Dios del Mar.

Esa era la gente de Atardecer, soñadora y tranquila, embarcada en una vida suave de luz ámbar y fantasías sin fin.

Aún así, entre todos esos mundos imaginarios, haría falta que nos fijáramos en alguien. Alguien realmente especial. Allí, en las afueras del pueblo, en la orilla de ese río, que parece metal fundido escapando al golpe del herrero, jugando con el viento reía una niña. Tenía el pelo rojo, a lo mejor porque el Sol se lo regaló de tanto iluminarlo, y los ojos de Luna gris, a lo mejor porque así se le quedaron de tanto imaginarla.

Y mientras corría junto al río, entre el terciopelo extraño del trigo mecido por la brisa, junto a ella saltaba un gato negro sin nombre que, por algún extraño motivo, la seguía a donde quisiera que fuera. Por eso se había convertido en su único amigo y confidente, el único que se quedaba



embobado escuchándola cantar, sus ojos de gato reflejando la ilusión como un enorme y verde espejo de amor.

El atardecer la abrazaba, pero ella, mirando siempre al horizonte, soñaba secretamente con no soñar, con vivir de verdad todas esas aventuras que nadaban entre las calles de su dormido pueblecito.

—Dime viento —solía preguntar la niña— ¿De dónde traes esas voces que suenan entre los árboles?

Pero el viento respondía jugando con sus rizos pelirrojos y haciendo ondear su vestido azul, otras veces movía las nubes o acariciaba las aguas del río.

—Dime Sol —decía la niña mirando hacia el cielo—, ¿por qué nunca nos has dejado ver Luna alguna, ni estrellas, ni noche?

Pero el Sol estaba muy lejos, tan lejos que las palabras de la niña jamás alcanzaron más allá de las montañas que descansaban en el Norte.

—Lilith, ¡Lilith Pelocobre!

Una voz recorrió el paisaje llamando a la niña, la voz de su tío Jonás avisando de la cercanía de la cena, sacándola de su pequeño sueño que no era sueño, y presentándonos a todos esa niña tan especial. Lilith Pelocobre era su nombre, así la llamó su abuela nada más verla y así quedó por costumbre entre todos los que la conocían.

☪ *De sirenas, tritones y Dioses que habitan en el fondo del mar*


Reflejos verdes de esmeralda rota, suave movimiento cruzando el bosque de algas, se insinúa alegre una sirena. No tiene prisa, se entretiene jugando con peces, cangrejos, medusas y miles de burbujas que escapan hacia la promesa de un Sol protector.

En el horizonte se alza hermoso un castillo blanco y rojo de corales, es el hogar del Dios del Mar, donde viven todos sus hijos e hijas, famoso en todos los rincones del mundo por su belleza y fantasía. Allí es donde se dirige nuestra sirena, nuestra por sólo esta historia, allí es donde su padre la reclama en persona.

Y en el camino se cruza con sus hermanos y hermanas, tritones y más sirenas, que dedican su tiempo a cantar y escribir sonetos y liras, complicados octetos, poemas y más poemas en un rumor hermoso y ruidoso a la vez. Se saludan con besos y recuerdos, miradas, abrazos y sólo palabras aunque en realidad muchos ni siquiera se conocen.

La sirena llega al castillo, traspasa las puertas de madreperla, sube, volando más que nadando, las escaleras de lapislázuli, sonrío, como sólo las sirenas pueden hacerlo, a los guardias que velan el sueño del Dios del Mar y, finalmente, llega a las habitaciones de su padre y señor de todas las cosas bajo el Cielo Esmeralda.

—Bienvenida, Kara —tronó impaciente la voz del Dios del Mar—. Has tardado mucho en llegar. ¿Qué pudo entretener a la más hermosa de mis hijas?... ¿Otra vez jugando?



La sirena, Kara, pues así la llamaba su padre, se sonrojó frente a aquella mirada acusadora. Cuando quería tenía un mal genio de tormenta marina y de olas gigantes y encrespadas. Ella bajó un poco la cabeza dejando caer su pelo negro lento y arremolinado sobre los hombros, luego alzó la mirada mostrando su arrepentimiento.

—Lo siento, padre mío, ¿podréis perdonarme?

Y diciendo esto su voz se convirtió en música, en notas, armonía de sonidos y sueños que hechizaron al agua en todo el castillo de coral. El rostro, barbudo y fiero, del Dios se dulcificó por un momento. Nunca, nadie se había resistido a aquella voz y a aquella sonrisa que sólo llegaba a dibujarse.

—Bien sabes que sí, pequeña Kara —sonrió el Dios—. Ven, acércate, quiero enseñarte algo.

Parecía que el pequeño enfado, divino, había remitido. Kara se acercó nadando lentamente hasta su padre, sentado como estaba mirando un gran espejo de color azul, por supuesto, marino.

—Decidme, padre —preguntó Kara— ¿Para qué me habéis llamado?

—Mira bien a través del espejo, sirena dulce, dime, ¿puedes ver algo?

Kara se asomó al cristal de reflejo extraño y, aunque al principio sólo se distinguía niebla y frío, poco a poco se fue aclarando su visión. Primero la superficie del mar, increíble, pensó ella, es el cielo visto desde arriba, con todas sus olas, barcos y vientos. Luego llegó la tierra firme de árboles, ardillas, pájaros y humanos. En sus casas bajo el cielo azul de nubes,



andando por sus pesados caminos de piedra.

El Dios del Mar se giró hacia su hija, la rodeó con sus brazos y señaló, con uno de sus grandes y robustos dedos, una figura pequeña y solitaria que miraba su reflejo en las aguas de un río color dorado.

—Fíjate con atención en esa niña, Kara —susurró el Dios—, aprende de su esperanza y de su luz, quédate con su recuerdo de espejo mágico. Algún día esa misma niña vendrá a nuestro reino para encontrar su destino, tal vez, y tú, mi niña, serás quién guíe sus pasos por las amargas aguas del olvido.

Kara miró por un momento a su padre y luego grabó en sus ojos grandes de sirena triste el rostro pecoso de esa niña, lejana en el tiempo, lejana en el sueño.

Y, por primera vez, una lágrima suya se fundió con el inmenso mar.

☛ *Del país de los Sueños Perdidos, los Deseos Inalcanzables, el Amor Olvidado y la Oscuridad*

Más allá de las Montañas del Sur, más allá del Mar Sin Nombre, más allá de lo por nadie conocido.

Allí es donde la tristeza tiene su reino de marfil y rosas negras, donde nacen las pesadillas que asaltan los sueños como bandidos ocultos en las sombras de la noche.

Esa es la razón de que sea un reino olvidado, tanto, que ni siquiera la Luna, diosa y señora de la noche, se detiene más que por un momento para prestar su luz, su única luz.

Silencio, silencio sólo roto por el rumor de sus habitantes, tristes, apagados, grises como las piedras de un castillo encantado. Andan, corren, imaginan y lloran, algunos tienen la esperanza de que vuelvan a soñarles, otros, de que les sueñen por primera vez.

Y así pasan los años, vagando de un lado a otro, perdiendo toda esperanza. Y cuando ya nada les queda empiezan a transformarse, lentamente sus miradas se vuelven rojas como el fuego, sus sonrisas se tornan crueles y malvadas. Los sueños olvidados se convierten en pesadillas, que esperan el momento de escapar hacia territorios de Tierra y Mar, de olor a salitre o a menta fresca.

Y de entre todas esas criaturas de Sombra destaca una, mala de verdad, mala hasta la médula de los huesos. Era en verdad tan malvada y temida que ni siquiera la luz de la Luna quería iluminarla, así que vivía siempre envuelta en un manto de negrura que ella misma se había cosido con hilo de estrellas. Le llamaban PlataFalsa, y la última vez que la vieron, junto a la playa del Mar de Sueños... Sonreía.

☛ *Del cómo y el porqué Lilith fue a pedir consejo a las brujas y de lo que ellas le dijeron*

Toc, Toc, Toc

Alguien llamaba a la puerta de una casita verde en lo alto de una colina verde.

— ¡Hermana! —se oyó una voz de bruja.

— ¡Hermana! —contestó otra voz de bruja.

— ¡Hermana! —culminó una tercera voz de bruja.

Y después una avalancha de pasos se desencadenó hacia el portal; uno tras otro se descorrieron tres cerrojos de pesado metal y, al fin, se abrió la puerta de la casita verde.

—Mirad quien ha venido —exclamó una de las brujas.

—Es Lilith, la pequeña pelirroja —susurró otra.

— ¿Soñadora? —preguntó la tercera.

—No, aventurera —confirmó la primera de ellas.

Y allí tres brujas de sombrero grande y negro se quedaron mirando a Lilith, que no sabía bien qué decirles a esas señoras tan altas y misteriosas.

— ¿Dónde están vuestros modales, hermanas? —dijo una bruja, volviéndose hacia las otras dos—, pasa niña, pasa. No tengas miedo de nosotras.

— ¡Sí, pasa, pasa! —corearon sus hermanas—. Acabamos de hacer chocolate, ¿quieres unos pastelitos?

Una de las brujas cogió a Lilith del brazo y todas juntas se metieron



en un santiamén dentro de la casa. Todo pasaba muy deprisa para Lilith, que no podía ver más que cuadros remendados en las paredes, libros viejos y extraños alambiques por todos los rincones.

—Siéntate aquí, por favor —le dijo la bruja que la llevaba de la mano. Luego la sentó en una silla de roble frente a una gigantesca mesa llena de pasteles de fresa, avellana, manzana y muchas otras cosas que Lilith no había visto, ni olido, en su vida.

—Creo que hicimos demasiada comida, hermana —comentó una bruja.

—Ya te dije que el futuro no se leía en los pucheros de chocolate, sino en las hojas de té —le recriminó la primera.

—Claro, si tú no fueras tan golosa —se unió la segunda.

—Ejem —se atrevió a decir Lilith.

—Sí, pero yo aun podría transformarte en conejo. Y ni siquiera tendría que mover la nariz —siguieron discutiendo las brujas.


—No te atreverás.

—Claro que sí.

— ¡Ejem! —volvió a interrumpir Lilith, sentada tras la enorme mesa llena de pasteles.

Las tres brujas se miraron durante un instante y, milagrosamente, se callaron.

—Quiero darles las gracias por su hospitalidad —comenzó a decir Lilith muy educadamente—, son ustedes muy amables. La verdad es que no había venido a merendar, pero estos pasteles tienen muy buena pinta. Si nos sentamos las cuatro, podré explicarles el motivo de mi visita.



Las brujas miraron a Lilith, se dirigieron entre ellas miradas de reojo y se sentaron a la mesa entre un gran silencio y un cuidado exquisito.

— ¡Pastelitos! —gritaron de repente las brujas.

De la mesa empezaron a desaparecer los pasteles, las brujas los cogían y los engullían a gran velocidad, mojándolos en abundante chocolate dulzón y succulento. Lilith se quedó con un pastelito de color cereza en la mano, asistiendo estupefacta a ese espectáculo, casi como de circo.

En un visto y no visto, la mesa quedó vacía. Las tres brujas estaban repantigadas en sus sillas con los morretes llenos de chocolate y la mirada satisfecha. Lilith seguía con su pastel en la mano, sin creerse del todo lo que había visto.

— ¿Tú crees que se lo terminará? —le preguntó una bruja a otra.

—No sé, yo la veo muy delgada. A lo mejor no le gusta, podríamos preguntarle, ¿no crees? —sugirió su hermana

Lilith, viéndose sin merienda, mordió ligeramente el pastel. Y éste estaba riquísimo, sabroso, con algo que era dulce pero ligeramente ácido, como el limón, y que se apoderaba de toda la lengua y no te dejaba pensar en nada más. Era en verdad el mejor pastel que Lilith había probado en toda su vida.

—Hmmm —murmuró Lilith—. Esto está realmente delicioso, de verdad.

Las brujas asintieron complacidas, pero un poco decepcionadas al darse cuenta de que la niña se iba a terminar el pastel, dejándolas sin resopón.



Cuando Lilith terminó su pastel, en muy poco tiempo, miró a las brujas, las cuales, a su vez, también la miraron.

—Bueno —comenzó la niña con la voz temblorosa—. He venido a veros porque sois las únicas personas del pueblo que han viajado más allá de las montañas.

— ¿Sí? —le interrumpieron a la vez las tres brujas, sintiéndose halagadas.

—Así es —continuó—, y me gustaría viajar también. Quiero ver a la luna reinando en el cielo, a las estrellas de plata brillar en la noche, saber dónde nace el viento. No quiero soñar con aventuras, quiero vivirlas y sentir al Sol de mediodía abrazándome en la orilla del mar.

Su voz se había emocionado, sus ojos, grises de nubes, miraban ansiosos a las brujas, que asentían asombradas con la cabeza.

—Tú pareces diferente —exclamó una.

—Pero no pareces tener madera de bruja —apuntó otra.

—Ya, pero deberíamos ayudarla. Es una chica muy amable —concluyó la tercera.

Se reunieron formando un círculo y empezaron a cuchichear mientras levantaban de vez en cuando la mirada en dirección a Lilith. Ésta sólo escuchaba palabras sueltas, como “sí”, “no” o “tengo hambre otra vez, ¿qué tal un resopón?”. Ya se iba a levantar para meterse en el círculo cuando las tres brujas se giraron sonriendo con enormes sonrisas de bruja.

—Bien, pequeña niña —dijeron las tres hermanas a coro con voz de poema solemne—. Si quieres vivir aventuras sin fin, si ya soñar no es un



consuelo, viaja pronto hacia el Sur, corre ligera hacia el Mar, busca un barco que te lleve bien lejos, pero recuerda bien el camino, que te traiga de nuevo al hogar

Y dicho esto las tres brujas se despidieron de Lilith, la cual se encontró con el gato negro sin nombre a la puerta de la casita verde. Después se encaminó a su casa, donde se hizo un hatillo con ropa y comida para el largo y duro camino que, sin duda, le esperaba.

Al salir de casa, su abuela la esperaba sentada en su mecedora favorita. Se miraron un segundo, suficiente para que Lilith se despidiera con todo su cariño y la abuela sonriera con la seguridad de saber que volvería.

☛ *De piratas y mares*

Allí estaba el Sol.

Allí estaba el Mar.

Allí estaba también un barco, con velas llenas de viento rápido, las cuerdas recias, el mascarón de proa pintado de sal, con cañones impacientes esperando en las bocanas.

Si señor, allí estaba un barco pirata.

Nadie recordaba cuantas veces decían haberlo hundido, ni cuantos barcos llevaba abordados, ni cuantos mares cruzado. Su nombre, temido en el mundo entero, lo llevaba grabado a fuego en uno de sus costados.

— ¡La Araña de Mar! —gritó alarmado un vigía, en lo alto del palo mayor, al ver como se dibujaba en el horizonte la silueta del barco pirata.

— ¡La Araña de Mar! —repitió una tripulación asustada, un capitán novato y varias damas y caballeros que disfrutaban de un crucero por las islas del Ensueño.

Así era, la Araña de Mar se acercaba. Cien piratas rudos, malolientes y sanguinarios, se asomaban ansiosos por la borda, con ojos, parches y garfios puestos sobre un hermoso barquito con la palabra tesoro escrita en las velas.

— ¡Mirad cuanto lujo! —farfullaban inquietos los piratas.

—De esta nos retiramos —se felicitaban algunos optimistas.

—Afilad bien los cuchillos —decían los sanguinarios.

Cerca del timón reía su capitán. Arpón era su nombre y comentado era

que en su día había sido cazador de ballenas en los mares del Norte. Ahora era el más temido pirata de los océanos y en su corazón, fiero y despiadado, decían que no tenía sitio alguno para la compasión o la misericordia.

— ¡Preparad el abordaje! —rugía con voz de mando— ¡Fijad bien los cañones!, ¡Navegad a todo trapo!, si lo hacemos bien... ¡Esta noche seremos ricos!

— ¡Ja, Ja, Ja!- reíanse los piratas con risa de piratas

—Esta noche seremos ricos —repetían ansiosos de oro y acción —.
¡Ricos!

Una salva de cañonazos asustó al agua que rodeaba al pequeño barco de recreo. Bueno, asustando al agua y a todo el mundo a bordo del navío. El capitán, que todavía era muy joven y tan solo le habían abordado en dos o tres ocasiones, recomendaba tranquilidad a la tripulación, la cual, más veterana, no se tranquilizaba lo más mínimo.

—Pero capitán —le decían algunos—, lo mejor sería que huyéramos en los botes, los piratas rara vez traen buenas intenciones.

—Tonterías —contestaba convencido el capitán Todo se arreglará cuando hablemos, si señor, ¿acaso no somos todos hombres de Mar? No creo que esto sea algo más que un contratiempo pasajero.

—Ya os dije yo que nunca debimos aceptar subir a bordo ese maldito gato negro —renegó Doblones Slim, un viejo y curtido marinero—. Esos bichos no pueden hacer otra cosa que atraer las desgracias.

Y al decir esto, todas y cada una de las miradas en el barco se giraron lentamente hacia ese gato negro, que decían de mal agüero, y, por

continuación, hacia la niña pelirroja entre los brazos de la cual intentaba el animal escapar de todos esos pares de ojos y ceños fruncidos.

—El gato no tiene la culpa de nada —argumentó la niña — ¡Y no es un bicho! — terminó enfadada Lilith

—Ya, claro —se oía de fondo—. Seguro que es el mismismo Satanás disfrazado.

— ¡Es una bruja! —dijo alguien, de quién no se vio el rostro.

—Pues yo la veo muy pequeña —se escuchó entre los marineros.

—Cada día las hay más bajitas —sonó una voz chillona.

—A mí me parece mona —suspiró el hijo de un joven caballero.

—Nada, por la borda. Vamos a tirarla por la borda —sugirió alguien de voz ronca.

—Sí, por la borda. Así nos libraremos de la maldición —auguró un marinero cuya piel estaba quemada por el sol.

— ¿Qué maldición? —preguntó una señora.

—No lo sé, pero hay que tirar a alguien por la borda —comentó un viejo desdentado— ¿O es que prefiere ser usted?

Varios marineros se acercaron a la niña con los ojos enrojecidos y los oídos taponados a razones. El capitán no dijo nada y varios caballeros apartaron discretamente la vista.

Y sí, la habrían tirado por la borda, para ser pasto de tiburones o de cocodrilos tic-tac, para que se ahogara en el ancho mar. Así habría sido si la voz grave y dura de un capitán pirata no hubiera entonado una vieja, pero no por ello menos efectiva, frase.

— ¡Al abordaje! —gritó Arpón con toda la fiereza de la que era capaz.

Y, en ese momento, esas palabras fueron música para Lilith Pelocobre y su gato negro sin nombre.

☛ *De cuando cae la noche en los desiertos del Sur*

Bajo la luz de mil estrellas, con el suave soplo de una brisa fría como el hielo, hacia unas ruinas marrones y muertas, se acercaba en silencio la malvada PlataFalsa.

Junto a ella caminaban tres pequeños demonios, rojos y gordezuelos, que intentaban seguir sus pasos pero no hacían más que empujarse entre ellos tratando de ir siempre primero.

—Déjame pasar —susurró uno cuyo nombre era Dodothan.

—No quiero, demonio gordo —le espetó Momothan, que intentaba colarse.

—Los dos estáis gordos —se burló Totothan, el tercero en discordia, mientras saltaba por encima de ellos y les pisaba los cuernecitos.

— ¡Silencio, pequeñas bestias! —exclamó PlataFalsa con una voz hecha de odio y veneno—. Una voz más alta que otra, un ruido a destiempo y nos podrían descubrir. En ese caso —añadió furiosa —todos moriríamos.

Los demonios se miraron un poco avergonzados, eran criaturas del mal pero incluso ellos tenían su corazoncito. Negro y sin compasión, pero corazón al fin y al cabo. PlataFalsa les miró un rato desde su manto de oscuridad hasta que estuvieron quietos, luego, siempre en silencio, se introdujo lentamente en las ruinas abandonadas.

— ¿Qué lugar es este, mi señora PlataFalsa? —susurró Dodothan.

—Este es el templo de Todos los Dioses y Ninguno, donde vienen a descansar los espíritus de las divinidades que fueron olvidadas, que vieron



como ya nadie les hacía ofrendas o les regalaba plegarias. Es un lugar maldito, pequeñas bestias, así que disfrutad como en vuestra casa, pero no toquéis eso...

Y con un dedo largo y huesudo señaló un espejo sucio y quebrado que descansaba apoyado en los restos de una bonita columna. Se acercó a él y, contemplando su reflejo en la superficie castigada por el viento del desierto y sus viajeros de arena, se puso a reír y a reír, con unas carcajadas tan fuertes y malvadas que ninguno de los dioses allí presentes se atrevió a castigar su falta de respeto.

☛ *De los hechos y tormentas que sucedieron en la Araña de Mar.*

Cuando todos aquellos tipos duros, malolientes, de torvas sonrisas y miradas de cristal se acercaron tras el abordaje a Lilith Pelocobre y a su gato negro sin nombre, ésta creyó que acabaría en el estómago de algún tiburón o, peor aún, en la barriga de uno de esos piratas.

Y eso a lo mejor hubiera sucedido si no hubiera estado colgando por la borda cuando la encontraron.

—Fijaos bien, Señor Craneoduro, lo que estaban utilizando estos caballeros como cebo —comentó el Señor Dosratones al descubrir a Lilith.

—Por todos los juramentos sobre cosas que comen cosas —exclamó el Señor Craneoduro— ¡Una niña! ¿Qué esperaban pesar estos marineros de agua dulce, una ballena?

—Yo creo que el Sol les había dado demasiado en la cabeza —dijo el capitán Arpón mientras bebía de una botella llena de ron suave y seco—. Será mejor que la niña nos cuente su historia.

Y cuando Lilith recuperó el aliento, tras el lógico susto que se había llevado, les contó a los piratas cómo y porqué había abandonado su pueblecito de oro y llegado a la costa, sido enrolada en un barco que cruzaba un pequeño mar y tomada por bruja por una tripulación asustada.

Todos los piratas escucharon en silencio, apuraron un trago de sus botellas y contaron, a cambio, viejas historias de Tierra y Mar, leyendas y



aventuras, hermosos relatos de marinos y tesoros. Y así siguieron hasta que acabaron con todo el ron de la bodega, se tumbaron en cubierta y dejaron que el mar, compañero infatigable, les guiase a buen puerto.

Solo que el mar tenía oscuros secretos aquella noche, secretos que pronto iban a cobrar forma para que nada volviera a ser lo mismo, ni para Lilith, ni para la Araña de Mar y su tripulación despiadada.

No, nada volvería a ser lo mismo.

Ni siquiera el propio Mar, que dejó de ser azul para convertirse en muerte.

☪ *De las historias tristes que cantó una sirena.*

—Despierta, niña, despierta ya.

Y como por arte de magia, ya que de eso se trataba, Lilith abrió sus ojos grises de Luna y se incorporó asustada.

— ¿Dónde estoy? —preguntó Lilith confusa y, al hablar, contempló con asombro cómo sus palabras formaban pequeñas burbujas que caracoleaban hacia arriba.

—Tranquila —le acarició una voz de suave tacto—, estás a salvo.

Se cruzaron dos miradas, una llena de sueños y otra soñada. Unas manos ligeras, con pequeños reflejos verdes, se posaron suavemente en los hombros de Lilith acompañándola de nuevo a descansar en su regazo.

—Mi nombre es Kara —dijo la voz—. Estás en casa de mi padre. Nos tenías muy preocupados, ¿sabes? Algunos delfines decían que no despertarías nunca, que soñarías eternamente con mundos, estrellas, mares, voces, recuerdos o amores.

Mientras Kara hablaba sus finos dedos acariciaban lentamente el cabello rojo y vivo de Lilith, separando hebras y más hebras, hebras sin fin que apartaba de su frente.

— ¿Estoy bajo el agua? Es que no me gustaría darme cuenta ahora y ahogarme... —preguntó inquieta Lilith, mirando preocupada las burbujas que las rodeaban.

Kara sonrió como sólo ella podía hacerlo y sus ojos, que estaban hechos del hielo más puro de los glaciares del norte, con pequeñas perlas verdes de jade, se alegraron por sólo un instante.



—No te preocupes, mi padre lanzó un conjuro sobre ti y ahora puedes respirar bajo el cielo esmeralda, como cualquiera de mis hermanos y hermanas.

—Pero... —dijo Lilith— ¿Qué hago aquí? Lo último que recuerdo es mirar la Luna, preciosa Luna, en la Araña de Mar... después no hay nada... Nada... ¿Y Arpón?, ¿y el Sr.Craneoduro y todos los piratas? ... Kara... – se desesperó Lilith - ¿Dónde está mi gato?

—Calma, calma niña. Cuando te encontré estabas casi ahogada, junto a los restos de un navío que se hundía sin remedio. Parece que el mar, a veces tan cruel, decidió reclamar por fin lo que era suyo, pues todos los piratas le pertenecen y, tarde o temprano, bajan a reunirse con sus viejos compañeros. No sé si todos los que nombras murieron o no, no sé más de lo que vi. Y, lo siento mi sueño, no vi a tu gato.

Lilith volvió a incorporarse, esta vez más lentamente, y miró directamente a los ojos de Sirena que la acunaban. Y en esos ojos tristes vio sus ojos tristes reflejados, y fue en ellos donde vio, reflejada pues, una lágrima de plata que ella derramaba. Y al ser de plata no se mezcló con el mar, cayó lentamente por su mejilla, pasó cerca de los labios, le acarició el mentón, abandonó su rostro con pereza, con tristeza.

Fue la primera lágrima de Lilith, la primera. Kara la abrazó con fuerza, le susurró al oído palabras cálidas que le rozaron el alma y, poco a poco, la luz iluminó la estancia donde se encontraban. Era una luz lejana, como de Sol cansado, de color a veces azul y a veces verde. Y esa luz mostraba una sala pequeña, con una cama donde Lilith y Kara se abrazaban, llena



de enredaderas de coral hechas con cientos de colores que se habían apoderado de paredes y techo.

—Esto —murmuró Lilith—, esto es precioso.

—Esto —le susurró Kara—, esto es la vida.

Y mientras el Sol iluminaba más y más la estancia, a través de una ventana del palacio, dos delfines miraron complacidos la escena antes de alejarse, entre juegos y aleteos, a la brillante superficie llena de relámpagos dorados.

☛ *De un gato sin nombre y un pirata sin barco*

Con la fuerza de mil hombres, así golpean las olas en los grandes acantilados del Sur. Escuchad su sonido, notad como salpica la espuma al romper contra las rocas, afiladas y oscuras esperan secretos. ¿Podéis oler la humedad, sentirla dentro de vosotros?

Es en verdad un lugar temible, y más en una noche de tempestad como aquella. Pero donde otros hubieran muerto o desaparecido... Allí luchó Arpón el pirata, entre olas de abrazo profundo y piedras de peligroso destino; allí nadó, buceó, aguantó la respiración hasta que no pudo más, allí gritó “Estoy vivo” antes de derrumbarse sobre una playa de guijarros.

Y aún así habría perecido al subir la marea, dejándose atrapar por su silencioso caminar, si unos pequeños y afilados dientes no le hubieran mordisqueado la oreja mientras dormía extenuado.

— ¡Maldita sea! —gritó Arpón muy enfadado— ¡Por todos los demonios del mar! ¿Qué está pasando aquí?

Pero en la playa de guijarros sólo se oía el trueno de los rompientes y la lluvia, espesa y fuerte, ocultaba todo a la vista. Arpón se llevó la mano a la oreja y, acariciando un pendiente de oro, se levantó y trató de encontrar el responsable de aquel mordisco.

—Que me ahorquen del palo mayor si sé lo que está pasando —refunfuñó al patear algunas piedras—. Todo perdido —se lamentó—, mi barco, los hombres, el tesoro...

De repente algo le hizo tropezar, una negra y huidiza figura se coló entre sus piernas provocando su caída cuan largo era en la playa.

— ¡Ay! —se quejó un pirata.

— ¡Miauu! —se quejó un gato.

— ¿Un gato? —se preguntó el pirata.

—Miau —pareció contestar el gato.

—Por todos los bichos peludos, tú eres el gato de la niña. Parece que lograste salvar tu negro pelaje, ¿eh?, pues veremos si puedes salvarte ahora de mi bota— amenazó el pirata, levantándose de golpe.

—Miauuu —exclamó el gato, abriendo de par en par sus enormes ojos verdes.

Y así el pirata persiguió al gato por rompientes y calas, entre guijarros, por la orilla misma del mar, bajo la lluvia, por un sendero en los acantilados que subía y subía. Tanto subía que pronto ninguno de los dos pudo más y, agotados de nuevo, se dejaron caer en un pequeño saliente mientras la tempestad amainaba y desaparecía tan rápidamente como había llegado.


—Pequeño bicho peludo —repetía entre resoplidos el pirata.

—Miau —parecía mofarse el gato, cansado también.

Poco a poco el trueno del mar se convirtió en murmullo, la vista se aclaró y las estrellas y la Luna iluminaron de nuevo al mundo para Arpón y el gato. Iluminaron, sí, pero no sólo ellas, porque los dos dieron cuenta de una luz en la que no habían reparado antes. Justo encima de ellos, al final del camino que siguieron hasta su refugio, se levantaba una torre plateada en cuya cúspide un fuego rojizo y dorado iluminaba el horizonte.

— ¿Cómo no lo habremos visto antes? —se preguntó Arpón—. Venga bicho, parece un faro. Si hay fuego, alguien habrá que lo cuide, ¿no?

Y dicho esto el pirata se alzó, otra vez más, y se acercó con paso cansino hacia la fina torre plateada cuya sombra estilizada se mezclaba con la del gato sin nombre que ahora seguía los pasos de Arpón.



Cuanto más se acercaba a la torre, más grande parecía; su fuego cobraba intensidad y brillo. Pronto se encontraron ante una puerta labrada con enredaderas de plata y adornada con pequeñas gemas que brillaban bajo la luz de la Luna.

— ¡Viva la diosa Fortuna! —exclamó el pirata, acercándose un poco más—. Si esto es la entrada... Qué tesoros nos esperarán dentro.

Pero cuando ya sacaba su puñal de pirata y trataba de hacerse con alguna gema, la puerta se abrió de golpe, haciendo trastabillar al cansado bucanero y asustando al gato, que corrió a refugiarse entre sus piernas.

— ¿Quién va? —surgió una voz desde dentro del faro, una voz anciana y apagada.

—Miau —contestó el gato.

—Dos náufragos. Nuestro barco se hundió en la tormenta y buscamos refugio. ¿Podríamos gozar de su hospitalidad por esta noche? —explicó el pirata.

Y de entre la oscuridad se hizo visible la figura de un anciano envuelto en ropajes oscuros que se apoyaba en un bastón. Levantó su rostro hacia el del pirata y pareció mirarlo durante largo rato, tras lo cual extendió una mano hacia él y dijo

—Dadme vuestra mano, marino. Encontraréis refugio en mi faro, yo seré vuestro guía y vos seréis el mío también.

Y fue entonces cuando Arpón se dio cuenta que los ojos de aquel anciano no podían ver ni la luz de la Luna ni la de las Estrellas, ni la de amaneceres ni atardeceres junto al mar.

Aquel anciano era ciego, pero parecía ver cosas que para otros resultaban invisibles.

☞ *De la luna que bebía vino de moras y se hizo Luna de cuento de Hadas*

Que suenen las flautas entre los sauces, que brillen luciérnagas sobre el lago gris, que duendes y hadas corran por los robles, entre los juncos, sobre la niebla, bajo las aguas. Que silben, que bailen, que beban Luna, que rían, que lloren.

Sí, que ésta sea la noche del no acabarse jamás, de los sueños tan hermosos que no debería existir su despertar, de los abrazos que se dieron, que no se dieron, que más da.


Que todo dure eternamente, mientras Titania sea reina del Bosque Sin Final

Así cantaba un duende la llamada a sus hermanos y su voz, mágica y dulce, despertaba de su sueño a toda criatura que viviera en el bosque. Llegaba la noche, el cumpleaños de la Reina, y no se conocía en ninguna tierra fiesta más grande que esa.

Pequeñas hadas llevaban vino de moras y bayas, cientos de duendes afinaban sus instrumentos, los lirones apuraban la siesta y el resto de animales lucía sus mejores galas.

El bosque estaba iluminado, de cada rama las hojas brillaban felices y, desde la distancia, todo parecía un enjambre multicolor que el viento movía con lentas caricias.

En el lago, en una pequeña isla que nacía justo en su mitad, esperaba Titania a sus amigos. Era la reina de las hadas, la más bella, la más lejana. Todo en ella era delicado, esbelto, frágil y hermoso. Sus ojos lucían



como estrellas, en verdad eso eran, dando luz a su brillante rostro de ébano. Esperaba tendida en la hierba que la acariciaba, vestida con largas y holgadas telas de seda azul que la envolvían, que la abrazaban.

Uno por uno fueron llegando los habitantes del bosque, llevándole a su reina regalos y presentes. No eran valiosos diamantes, ni tampoco exótica cerámica, casi no hacía falta que llevaran nada. Sólo con su amor la reina Titania se hacía cada año más sabia y más bella, sólo con su cariño era suficiente para que aquel fuera el reino con más magia del mundo.

Cuando ya parecía que todos habían visitado a la Reina, cuando ya todos cantaban y bailaban alrededor de cien pequeños fuegos, cuando todo olía a hierbabuena y a moras y a amores, cuando ya Titania sonreía mirando al cielo de luces amigas, entonces, entonces apareció un pequeño duende rechoncho, de color rojo.

— ¿Quién eres tú? —preguntó la reina.


—Un pequeño duende que os trae un gran regalo, mi señora —contestó sacando un paquete envuelto en terciopelo negro.

Titania aceptó confiada el regalo, un paquete redondo y fino. Cuando retiró las telas que los cubrían apareció un espejo negro con el cristal quebrado, sin marco, frío como las mañanas de invierno.

— ¿Pero qué...? —empezó a preguntarle Titania al duende.

Pero éste había desaparecido y del espejo empezó a surgir una risa estridente y malvada, una risa que hizo callar a las hadas, enmudecer a los duendes, un a risa que silenció al bosque en un suspiro.

Y en un segundo, tan sólo uno, una espesa niebla surgió del espejo



y se deslizó sobre aquel bosque encantado, congelándolo todo a su paso, apoderándose de su calor de su vida. Quedando sólo un mar de hielo que convirtió en cristal cada árbol, cada brizna de hierba, cada lágrima, cada pensamiento feliz.

Todo quedó atrapado en el tiempo y sólo una risa llena de odio y triunfo resonaba en esa noche congelada.

“Sí, que ésta sea la noche del no acabarse jamás, de los sueños tan hermosos que no debería existir su despertar, de los abrazos que se dieron, que no se dieron, que más da.

Que todo dure eternamente mientras Titania sea reina del Bosque Sin Final”

☛ *De un rey del Mar y una princesa de los Sueños*

Tras cien puertas de coral, tras algas de increíbles colores, en medio de canciones romances y peces con escamas arcoiris.

Tras una escalera de galeón cubierta de perlas, sentado en un trono de conchas marinas, mirando al infinito a través de siete ventanas, cada una para cada mar, reina severo un Dios de barba blanca y profunda mirada.

A su alrededor nadan sus hijos e hijas, nadando, bailando, alegrando las noches para que el Mar fuera amigo durante el día.

—Kara, ven, acércate —dijo el Rey del Mar—. Preséntame a tu joven amiga.

Y entonces Kara, cogiendo a Lilith de la mano, lanzó una de sus hermosas sonrisas y se abrió paso entre las demás sirenas y tritones.

—Aquí os presento a Lilith Pelocobre, padre —y su voz fue tan dulce, que reinó el silencio en la sala.

—Bienvenida a mi reino, Lilith. Espero que la felicidad guarde siempre tu destino a partir de ahora— dijo solemne el Dios del Mar.

Todos esperaban las palabras de la niña, pero Lilith nunca había hablado delante de un Rey o de un Dios, ni siquiera lo había soñado nunca. Toda la corte estaba allí, llena de fantasía. Ella sólo conocía de lejos su leyenda y ahora le pedían que hablara delante de los mejores poetas de todos los cuentos. Se puso casi tan roja como su pelo, se sentía incapaz de articular palabra. Sólo un empujoncito de Kara hizo que volviera al mundo y diera un respingo.

—Ay —exclamó en voz baja.

— ¿Sí? —se interesó el Dios del Mar, mesándose su larga barba blanca.

—No, es que... —se azoró Lilith—. Bueno, muchas gracias, Su Majestad y, y —tartamudeó— Kara me ha cuidado mucho y me ha enseñado el palacio. Tenéis una casa muy hermosa, nunca había visto nada igual, ni en sueños.

La mirada del Dios se hizo más suave y en su rostro se dibujó una pequeña sonrisa, sí, esa era la niña que esperaban.

—Mi hija me ha informado de tu pérdida. Quiero decirte que tanto yo como todos mis hijos lamentamos lo ocurrido. A veces el Mar tiene sus propios secretos y esos son profundos que ni siquiera yo los puedo desvelar.

La mirada de Lilith se oscureció un poco pero no del todo. Había crecido un poco, a lo mejor más fuerte, a lo mejor más triste.

—Gracias de nuevo, mi Señor —le contestó.

—Siento haberte entristecido, niña —se excusó el rey—. Pero no te preocupes ahora, estás en mi reino, el reino del Mar, y en este lugar la melancolía no puede, no debe, ocupar más de un segundo en los corazones.

Kara se acercó a su padre dando una elegante vuelta a su alrededor, agitando su estilizada y elegante cola.

—Padre mío, ¿tiene que irse ya?, me gustaría estar más tiempo con ella.

Como siempre, su voz era todo un hechizo, lleno de fantasía y color. Pero esta vez el Dios parecía poco dispuesto a dejarse convencer.



¿Irme?, se preguntaba Lilith a todo esto. Si casi no había llegado, si no sabía dónde ir, si ahora no tenía dirección ni destino.

—Lilith Pelocobre —tronó ahora poderosa la voz del Dios del Mar—. Debes seguir tu camino, que él mismo te guíe en esa búsqueda que nació en tu corazón. Sueña por todos nosotros, niña, sueña todo lo que puedas... Antes de volver al hogar.

Palabras y más palabras, ¿llenas de sentido?, Lilith asintió con la cabeza. ¿Qué sabía Lilith del mundo, aparte de lo bella que es la Luna y lo dorado que es el Sol?

—Si vos lo decís, así será —asintió Lilith haciendo una reverencia y luego levantando firme la mirada.

—Ahora es mejor que te vayas —ordenó el Dios—. Kara te acompañará hasta el final de mi reino. A partir de allí, continuarás sola.

Kara se acercó a Lilith y la abrazó suavemente. Luego se la llevó nadando hacia una playa de granos dorados, de palmeras amigas, donde ninguna de las dos dijo nada, porque ya nada tenían que decirse dos miradas como aquellas.

☛ *De cómo las brujas vieron futuros en una pecera.*

— ¿Dónde la guardaste? —preguntó una bruja.

—No, espera, ¿dónde la guardaste tú? —contestó otra.

—A lo mejor está en el armario rojo —comentó una bruja que no era ninguna de las otras dos.

— ¿En el armario rojo? —corearon las primeras.

—Sí —confirmó la tercera.

Y las tres brujas novatas corrieron empujándose, saltando, tirándose del pelo para llegar al armarito rojo y rebuscar en su interior.

—Mirad, la encontré —dijo una.

—No, tonta, eso es una pecera —le dijo otra.

—Ya, pero creía que la había perdido —contestó muy contenta de sí misma.

—Dejad de discutir, ¡ya la tengo! —triunfó la tercera.

Y las tres brujas miraron entusiasmadas una bola de cristal transparente y muy brillante, donde seguro que podían llegar a ver lugares que sólo las brujas podían lograr contemplar.

— ¿Y con esto veremos a la niña pelirroja? —se intrigó una.

—Claro que sí, yo lo he leído en un libro —se regodeó otra.

—Vale, vale, ya sabemos las dos que tú sabes leer —se indignó un poco la tercera, cogiendo la bola de cristal.

—Claro que se leer, yo soy la lista —se enfadó la bruja—. Y no te quedés la bola para ti sola.

—La bola la encontré yo —le dijo levantando los morritos.

—No, fui yo—se oyó de fondo.

—No, está claro que fui yo —replicó la primera.

Y entre todas se pudieron a discutir y a discutir, con esas voces agudas que tenían, asustando hasta a los grillos que vivían cerca de su casita verde. Y así continuaron hasta que quedaron afónicas y tuvieron que ponerse a hablar en voz muy bajita.

—Vamos, recita el hechizo hermana —mandó una de las brujas.

—Omnia videre, omnia sapere, fus, fas, fus, Lilith Pelocobre videatur tuus —susurró afónica otra bruja mientras daba unos pases mágicos.

El interior de la bola se iluminó y, poco apoco, unas imágenes empezaron a formarse en medio de una misteriosa neblina roja.

—Oye, se ve muy pequeño —se quejó la bruja que sabía leer.

—Ya os dije que la pecera era más grande —le espetó a su hermana.

—No, es que hemos hecho el hechizo en voz baja —concluyó otra.

Pero al fin y al cabo las tres brujas vieron a Lilith en una playa, con una sirena hermosa y triste, vieron una despedida de cuento de hadas, un bosque lleno de hielo y un barco con alas de mariposa.

Y también vieron muchas otras cosas, incluso se vieron a ellas mismas viajando por los cielos, pero esas cosas pertenecían al futuro.

Y el futuro de las brujas, era un futuro sólo para ellas.

☛ *De cuentos soñados y por soñar, de todos los cuentos.*

Fuego.

Fuego rojo y amarillo.

Fuego rojo y amarillo que calienta, que adormece y que abraza.

Chimenea grande dentro de una torre de plata. Enfrente un hombre ciego, a su lado un pirata empapado y un gato más empapado todavía. Envueltos en una de esas mantas gruesas y aterciopeladas, una de esas mantas que huelen a desván.


El hombre ciego cuenta una historia, mueve sus manos, sonrío y parece que mirando hacia el fuego sus ojos pudieran ver de nuevo. El pirata y el gato atienden embobados, ¿qué cuento les estará contando?, escuchemos nosotros también su relato.

—Y así fue como muchos otros sueños desaparecieron, Arpón. Algunos fueron olvidados por sus creadores y otros, simplemente, fueron marchitándose con el tiempo. He escuchado muchos cuentos acerca de eso y todos coinciden en que marcharon juntos a una isla perdida, rodeada de peligrosos arrecifes y corrientes traicioneras, de tal forma que ningún barco pudiera acercarse a sus costas.

—Bah —le dijo en voz baja el pirata al gato—, nunca encontré arrecife o mala mar que me impidiera llegar a puerto.

— ¿Miau? —le contestó el gato en tono sorprendido, haciendo ver que todavía estaban los dos mojados con aguas de naufragio.

—Oh, cállate —le replicó el pirata.



—Y en esa isla —continuó el anciano— esperaban fantasías que solo a veces han podido escapar de su encierro gracias a sueños perdidos por esas aguas lejanas. Incluso pesadillas terribles han acabado allí sus días. Todos esperan volver alguna vez, esperan un pequeño milagro de tierra y mar.

—Perdone anciano —preguntó Arpón—, pero si ningún barco puede llegar a sus costas, ¿cómo esperan regresar de su exilio, como llegaron hasta allí?

El fuego ronroneó un poco y lanzó una pequeña cortina de chispas doradas. El anciano pareció meditar la respuesta durante un tiempo para luego levantarse de su silla.

—Ven conmigo, pirata —ordenó—, quizás seas capaz de verlo.

Y los tres personajes abandonaron la estancia por una pequeña puerta, subieron muchos escalones en escalera de caracol hasta llegar al punto más alto de la torre. La noche estaba alejando su manto de estrellas y un viento frío enredaba sus cabellos. Las olas no se cansaban de golpear las rocas en el fondo de los acantilados.


—Farero – se quejó Arpón —, aquí hace frío.

—Ja, ja, te creía un hombre duro, pirata —se burló el anciano.

—Bueno —dijo Arpón cambiando de tema— ¿Qué quieres que vea? Aquí no hay nada.

El anciano se giró hacia al borde del acantilado y señaló con el dedo hacia el vacío.

— ¿De verdad no lo ves? —preguntó el anciano—. Lleva atracado mucho tiempo, nadie se atrevió nunca a subir a bordo.



—No, no veo... —empezó a decir Arpón— ¡Por los vientos del Sur!
—exclamó— ¿Qué es eso?

Y con los primeros rayos de un luminoso amanecer el pirata más temido de todos los mares vio, sin llegar a creérselo, un barco de plata con alas de mariposa, allí, amarrado junto al faro y suspendido en el aire, mecido por un mar invisible de aire y nubes perezosas. Reflejando los primeros destellos del alba, alas de cristal, colores rojos, azules, verdes, morados, dulces, amigos, hermosos.

—Éste es el barco de los Sueños —dijo el anciano apoyando una mano en el hombro de Arpón—. Pero si puedes verlo, también puede ser tuyo.

—Miauuu —exclamó muy sorprendido el gato.

—Tú lo has dicho amigo —le contestó Arpón sin dejar de mirar al barco—, tú lo has dicho.

Así que ese amanecer puede que fuera un amanecer por el que mereciera la pena vivir, aunque sólo fuera por momentos como ese.



☛ *De la cara y cruz de las monedas.*

El camino que Lilith había seguido en el bosque, bosque de olor a hierbabuena, bosque de millones de verdes, parecía no terminar nunca. La verdad es que empezaba a estar muy cansada, demasiadas emociones en tan poco tiempo... A veces, cuando caminas sola, te paras a pensar en tantas cosas que al final echas de menos un abrazo suave o una sonrisa amiga.

Y, de repente, música.


Sí, música, dulce melodía, corcheas, semicorcheas, ballet de notas bailando por el cielo, música que encanta, que enamora. En un momento alegre y al siguiente triste, llenando el bosque con vida, con magia.

¿De dónde vendrá esa canción?, se preguntó Lilith.

Y, tarareando la melodía, se internó en el bosque, encontrando un paisaje nuevo en forma de lago azul y sol de tarde clara.

Aquella tonada salía de una casa construida en medio del agua, parecía hecha con mármol blanco y se podía llegar a ella a través de cuatro pasarelas del más puro espejo, reflejando sol, agua, bosque y a la propia Lilith mirando fascinada aquella extraña construcción.

Siguió con la vista sus torres brillantes y sus vidrieras de colores, avanzó por una pasarela escuchando todavía esa música cambiante, y caminar por la pasarela era como viajar por encima del cielo, por encima de un mar sin olas. No había puertas, invitación clara para el viajero curioso, así que Lilith no se lo pensó dos veces antes de entrar en la casa de blanco mármol y canción misteriosa.



Al entrar no veía nada, del Sol brillante pasó a la penumbra y su visión se tiñó de verde. Cuando su vista se aclaró, dos personajes en mitad de un gran salón dejaron de tocar y cantar.

— ¿Quién eres... —comenzó a preguntar un joven pálido y de largo pelo negro.

—... tú? —terminó una joven de blanco rostro y pelo rubio corto.

Eran muy parecidos, hermano, gemelos. Lilith los miró un tanto asombrada, nunca se había encontrado con dos personas tan semejantes.

—A lo mejor es...

—... muda —empezaron y terminaron los dos personajes.

Se miraron un segundo y sonrieron.

—Yo soy Luna —entonó la mujer.

—Yo soy Sol —continuó el hombre.

—Si uno ríe...

—... el otro llora

—Si uno ama...

—... el otro odia.

—Somos noche y día —dijeron a la vez—, dama y rey de la baraja.

—Jugadores...

—... del juego de las almas.

Y mientras hablaban sus rasgos se cambiaban, a veces ella era él, a veces él era ella. Con ritmo, al compás de una suave canción invisible que sólo ellos parecían escuchar.

—Yo soy Lilith —dijo la niña—, Lilith Pelocobre.

—Así que tú eres...

—... la famosa pelirroja —sonrieron los dos.

—¿Famosa? —dijo Lilith —Os confundís, yo...

—Sí, pequeña —le interrumpió Luna, ¿o fue Sol?

—Eres famosa...

—...tu nombre viaja en el viento...

—... en las alas de los pájaros

—Para quien sabe escuchar...

—...eres sin duda famosa.

Y al hablar daban vueltas, danzando alrededor de Lilith, agachándose, saltando y girando como peonzas, como planetas alrededor del Sol. Ritmo salvaje, rápido una, lento otro, pero luego los dos son uno y después ya, diferentes son.

—Bueno —les intentaba decir Lilith girando sobre sí misma para no marearse—, veo que me conocéis. Me he perdido, este lugar es muy grande y ya no sé el tiempo que llevo andando. ¿Podríais indicarme el camino para salir del bosque antes de que caiga la noche?

—Camino...


—...es destino...

—...y destino...

—...es una palabra que no...

—tiene principio o final

—¿Quién soy yo...

- 
- ... o ella...
 - ...o los dos...
 - ...para hablar del camino...
 - ... tuyo, mío o de los tres?
 - Te daremos un consejo...
 - ...y cobijo y alimento...
 - ...sigue recto por el bosque,...
 - ...hay un final...
 - ...y allí habla con Titania...
 - ...nuestra reina, nuestra madre...
 - ...sabia dueña del río que acaricia...
 - ...la vida, la felicidad.

Y así Lilith, aceptando su hospitalidad, comió un poco de algo que era salado, dulce, amargo pero delicioso. Era tierno, algo tirante, pura contradicción. Sabroso, sin ninguna duda, eso era lo importante. Eso y que llenaba la barriga y que calentaba el ánimo.

Descansó una noche y un día, contempló la Luna reflejada en el lago y los espejos, soñó muchísimos sueños. Después se marchó, no volvió a ver a los gemelos hasta que salieron a despedirse de ella.

Uno lloró, la otra reía, vuelve pronto, no lo hagas nunca. Lilith les saludó con la mano y cruzó el lago de nuevo a lomos de una pasarela de espejo.

Una música de notas contrarias le acompañó amablemente y del brazo, hasta que se perdió de nuevo en el verde y misterioso bosque de su imaginación.



☛ *De piratas en un mar de nubes*

Con las velas a todo trapo, reflejando al Sol de mediodía en su quilla de cristal, el barco de los dioses surcaba nubes teñidas con millones de azules.

Al timón, Arpón, con una sonrisa enorme en su rostro, mirando desde allá arriba todo su mundo, mundo de sueños. Por la cubierta, inquieto, un gato negro sin nombre se paseaba elegantemente, quizás con una mirada triste en el rostro al echar de menos a una amiga pelirroja.

—Esto es increíble—exclamó Arpón—. Nunca hubiera podido imaginar nada parecido.

—Tienes razón, pirata —contestó el anciano farero—, no hay mar alguno como el mar de nubes.

Apoyado en la borda el anciano parecía contemplar el luminoso horizonte, como si aún pudiera ver más allá de la memoria, de las estrellas y los sueños pasados.

De pronto un ruido enorme sacó a todos en el barco de sus pensamientos, ¡bum! , ¡bum!, y dos enormes bolas de cañón salieron de una nube gris y pasaron por encima del barco con alas de mariposa.

—¡Por todos los diablos! —maldijo con voz ronca Arpón mientras giraba bruscamente a estribor— ¡Nos atacan!

Moviéndose suavemente, un viejo barco apareció desde el interior de aquella nube gris, la bandera negra con tibias cruzadas en todo lo alto, los cañones preparados y cargados de malas intenciones.

—¿Qué sucede? —preguntó el anciano.

—Piratas, farero. Creo que son piratas, pero jamás escuché de ninguno que volara. Piratas del aire, ¡menuda tontería!

—Cada mar tiene sus piratas, mar de nubes, piratas de cielo raso. Ten cuidado Arpón, éste es su territorio y a ti te queda mucho que aprender— aseveró el farero.

Como bien decía el anciano, cada mar tiene sus piratas, pero aquellos que los atacaban no eran, ni de lejos, unos piratas normales. A la clara luz de un Sol demasiado cercano brillaban sus huesos desnudos, sus sonrisas descarnadas, sus cráneos relucientes que algunos, más coquetos, tapaban con pañuelos a lunares. Eran esqueletos armados con sables oxidados, con parches, con botas viejas. Hijos de las pesadillas de mil marinos, con su barco encantado y todo el cielo para navegar.

—Clack-clack-clack-clack —castañeteaban sus dientes de emoción.

—Hiaaaaa yoooooo —cantaban con voces chillonas—. Pasaremos a cuchillo a la tripulación, para hacerle compañía al viejo Davy Jones.

—Anciano —preguntó Arpón—, este barco es precioso, vuela y todo eso. Pero sin cañones esos tipos nos mandaran al infierno tan deprisa que no podremos ni maldecir.

—Tranquilo, tranquilo. Sí que tenemos cañones, Arpón. Y además, funcionan solos.

A lo largo de su quilla Arpón vio como, bajo las alas de cristal, se abrían diez compuertas. De cada una de ellas se asomó una cabeza de dragón tallada en bronce y jade. Un rugido atronador y un resplandor verde se formaron en cada una de sus fauces y, con un inmenso destello,



diez luces, esferas, rayos o lo que en verdad fueran, surcaron el espacio, atravesando por el camino dos nubes, hasta impactar con un sonoro estallido en mitad del barco pirata.

—Miau —se asombró el gato al ver como el barco pirata se partía en dos.

—Por todas las balas de cañón —musitó atónito Arpón.

Pero la fuerza de aquella tremenda explosión había lanzado una de las dos mitades del navío pirata contra su barco alado, se acercaba a gran velocidad, dando vueltas, girando sobre sí misma. Algunos esqueletos todavía se resistían al desastre y amenazaban con sus puños gritando sonoras maldiciones, tal y como se esperaba de ellos.

Arpón intentó esquivar la enorme masa de madera, cuerdas y huesos que se le venía encima, pero sólo pudo lograr que no fueran aplastados. Con un chasquido los dos barcos se rozaron y una de las alas que mantenían al barco en el aire se rompió. Cientos de cristales, lluvia triste de colores, se expandieron por todo el cielo formando una brillante aurora boreal.

—Creo que vamos a caer— dijo Arpón angustiado mientras trataba inútilmente de manejar el timón—. Moriremos sin remedio.

—No te preocupes —le intentaba tranquilizar el anciano, agarrándose firmemente a una balaustrada—, aún nos queda un ala.

—Miauuu —maulló despavorido el gato.

Al tiempo que las dos mitades del barco pirata caían a plomo, el barco alado de los dioses aún navegó una larga distancia, descendiendo suavemente, planeando como una pluma hasta posarse lentamente en



tierra. En tierra, justo al lado de una casita verde, en lo alto de una colina verde. Y desde una ventana verde se oyó una voz de bruja que decía.

—Ay, que buen mozo nos acaba de llegar del cielo.

—Me lo pido – insistió otra voz

—No, es todo mío. Me toca, me toca —chilló otra voz, desde el fondo de la casita

Y con estas extrañas voces, los tres navegantes se preguntaron a dónde, de entre todos los lugares del mar de sueños, habían ido a parar.



☞ *De hielo eterno y noches sin número*

En el bosque de Titania el frío y la escarcha eran ahora paisaje y reino.

Los duendes y las hadas dormían un sueño mágico, enterrados bajo una capa de hielo conjurado desde los confines del infierno. Condenados a un silencio eterno y triste, a ver pasar los días desde una ventana borrosa y oscura. Y todo por la maldad de PlataFalsa, todo por su odio y su venganza.


Entre los esqueletos de cristal de un millón de árboles paseaba envuelta en oscuridad, de su manto sólo se veía brillando su torva sonrisa y sus ojos rojos de fuego. Paseaba contenta contemplando su obra, todo el bosque mágico lleno de vacío, situación que la volvía loca de felicidad.

—Por fin lo conseguí —dijo PlataFalsa—, donde había belleza ahora maldad, donde risas y canciones, silencio ¡hazte amo!; donde antes luz de espíritu... ¡Oscuridad!. ¿No es maravilloso?

—Lo es, lo es, mi muy malvada ama —adulaba Dodothan el demonio—. Éste es ahora un terrible y sombrío lugar, el peor de todos los bosques encantados y malditos que yo haya visto jamás —concluyó el feo demonio entre gestos de aprobación.

—Por cierto —se giró PlataFalsa— ¿Dónde están tus hermanos, demonio gordezuelo?

—Cumpliendo sus órdenes, su Malignidad —respondió Dodothan—. Mantienen caliente el cuerpo de Titania hasta que hables con ella.



PlataFalsa no contestó, su sonrisa chisporroteó por un segundo mientras se acercaba al lugar que le indicaba Dodothan. Allí, en la pequeña isla que salía de un río ahora helado, se encontraba Titania encerrada en un ataúd de hielo.

Los otros dos demonios, Momothan y Totothan, mantenían a su alrededor un muro de fuego que la mantenía viva entre tanta muerte. Al ver acercarse a PlataFalsa, Titania intentó incorporarse, pero estaba demasiado cansada como para poder moverse.

—No te esfuerces —le dijo Momothan con su chillona voz—. No podrías ni levantar una ceja

—Ja, ja, ja —se reía Totothan, poniéndose todavía más colorado.

—¡Silencio demonios! —ordenó severa PlataFalsa—. Quiero hablar con la reina.

Y dijo reina con mucho veneno en la lengua, con desprecio y con odio.

—¿Quién eres? —logró preguntar Titania con su bella voz entrecortada.

—¿Que quién soy? —le contestó burlona PlataFalsa— Soy la que odia a la luz, que espera a la noche eterna, que no desea ni más despertares ni más abrazos dulces. Alguien que no quiere nada excepto que todos callen y esperen dormidos el final de los días.

—Pero, ¿por qué? —lloró Titania una pregunta— ¿Porqué todo eso?

PlataFalsa la miró durante un segundo, la miró de arriba abajo, el silencio se hizo tan intenso como un grito y los tres demonios contuvieron la respiración.



—Lo hago —dijo muy lentamente PlataFalsa— porque me gusta.

Titania escuchó las palabras de PlataFalsa y comenzó a llorar. Porque no hay peor razón que la sinrazón, el no encontrar sentido para algo que ha destruido tu mundo, tu vida, todo aquello que soñaste, nada más que por puro amor a la maldad.

—Dejad que se congele, pero que me vea bien antes de dormir —ordenó la pesadilla a sus secuaces—. Quiero que sepa lo que ella misma creó.

Y mientras el hielo se apoderaba de su cuerpo y sus lágrimas se convertían en diamantes de escarcha, Titania vio como PlataFalsa se despojaba de su manto de oscuridad e hilo de estrellas.

Y en el último momento, justo antes de caer en el suave abrazo del frío, se dio cuenta de que aquel ser malvado era ella misma.

Como una Titania hermosa, reflejada en el espejo del bien y del mal.

Con esa visión, una lágrima suya cayó al suelo, partiéndose en mil pedazos de tristeza y sal.

☛ *Del camino al fin del camino*

*Son suaves los días que saben a mar
noches de estrellas y de luna blanca
que sueñan con dormidas mañanas
y su luz sin final*

Así cantaba Lilith recorriendo un sendero gris, cantaba mirando al cielo y hacia delante.

Cantaba porque no hay nada mejor para sentirse bien, la música calma el corazón inquieto y arrulla el alma del pobre viajero.

*Y si me cuentas tu historia triste
yo te abrazaré hasta que duermas
con duendes, con hadas
y con sueños de Sal*

— ¡Que bonito! —se oyó de repente entre los árboles.

—Sí, que bonito —admiró otra voz.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó Lilith dejando su canción en el recuerdo, en el aire.

—No, no te pares —dijo la primera voz—. Era precioso.

—Seguiré, si tanto os gustaba —dijo Lilith— pero me gustaría veros. Mostraos, por favor, pues estoy perdida en este bosque tan hermoso y me gustaría saber hacia dónde me dirijo.

Con un ruido suave, como suspiro de princesa enamorada, aparecieron



delante de Lilith cuatro figuras bajitas. Vestían ropas verdes y jubones de cuero, sus ojos eran almendrados y orejas puntiagudas salían de entre sus melenas castañas y salvajes. Uno de ellos se adelantó y Lilith se dio cuenta de que su piel brillaba con un tono parecido al verde del jade.

—Se bienvenida a nuestro reino, niña. Somos Elfos, bardos y juglares de Titania, la más bella reina del mundo de los sueños.

La voz del elfo era suave, musical. Parecía hecha especialmente para cantar, para soñar. Lilith sonrió y se acercó a ellos.


—Es un placer conocerlos —dijo Lilith—, había escuchado cuentos y canciones acerca de vuestro pueblo. Es un honor que os haya gustado mi canción.

—El honor ha sido todo nuestro —concluyó el elfo la presentación— ¿Hacia dónde te diriges?, será fácil ayudarte, este bosque es nuestro hogar y conocemos hasta el más pequeño de sus claros.

—La verdad es que me aconsejaron visitar a vuestra reina, la cien veces bella Titania —le explicó al elfo—. Unos amigos me dijeron que debía hablar con ella.

—Todos deberían hablar con la reina, por lo menos una vez. Esta noche es su aniversario, íbamos a verla y a cantarle nuestras canciones como regalo. Hay una gran fiesta y llegamos tarde, pero si nos damos prisa, aún nos divertiremos. ¡Síguenos! —terminó el elfo dándose la vuelta y desapareciendo en la espesura.

El resto de elfos le hicieron gestos a Lilith para que les siguiera, cosa harto difícil porque se movían con una facilidad asombrosa entre árboles y



arbustos, flores y todos los obstáculos que el bosque pone al viajero para jugar con él. A veces la niña se quedaba muy atrás, pero siempre aparecía un elfo que la ayudaba y la guiaba por el camino correcto. Al cabo de un buen rato, y un buen cansancio también, uno de los elfos se acercó con gesto satisfecho.

—Aún no ha terminado la fiesta —les informó—, he visto como a la reina todavía le queda un regalo por abrir.

Y no había terminado de hablar cuando Titania descubrió el último obsequio, ese espejo negro de maldad infinita que PlataFalsa le había enviado. Y el hielo se abalanzó sobre ellos al cubrir el bosque, uno por uno los elfos fueron pintados de escarcha, de sueño frío y eterno. Lilith contempló horrorizada cómo el bosque perdía sus colores y reflejaba la palidez de la Luna en mil árboles de espejo; a sus pies el hielo se acercaba, como un ser vivo, como un animal que pretendía engullirla para no devolverla jamás a un amanecer. Su contacto era frío, doloroso, pero daba una sensación de paz, de olvido, de no preocuparse ya por nada, de no sufrir, de no llorar, pasaje hacia el mundo de Nunca Jamás.

Dormir eternamente, dejarse llevar por la corriente de un río sin final.

Y Lilith así habría terminado su viaje, su vida, su sueño, sí, así de triste si dentro de ella no latiera un corazón de fuego, si el Sol no le hubiera dado su luz y la Luna su mirada. Si sus lágrimas no fueran de plata que rompía el hielo en mil pedazos. Si Lilith no amara tanto la vida y su pasión y su viaje no hicieran imposible su rendición ante el olvido.

El hielo se retiró de Lilith, derrotado ante su vida. Y en sus ojos grises la Luna brilló tanto que, por un momento, en el bosque pareció hacerse de día.


☛ De pasteles, piratas, gatos y brujas

Arpón miraba asombrado una enorme mesa llena de pasteles y tazones de chocolate, más concretamente miraba un pastelito de color verde con una capa de gelatina morada y nueces que sostenía en la mano. Estaba dudando si comérselo o no, la verdad es que tenía una pinta deliciosa, pero la mirada de espera de tres hermanas brujas que tenía encima le estaba haciendo dudar.

—No se lo comerá —cuchicheaban las brujas

—Si que lo hará, boba.

—No, fíjate como arruga esa preciosa naricita.


—Sí, ¿no resulta mono?

—¡Oooh!

El gato negro sin nombre vagabundeaba como buen gato entre las piernas del farero, que no tenía ningún problema en comerse cualquiera de los pasteles que les habían ofrecido al llegar. El barco había caído justo al lado de su casa, ellas ya lo sabían como buenas brujas que eran, y por eso habían preparado una buena merienda.

—Pero lo que no sabíamos es que el pirata iba a ser así de guapo —dijeron las brujas— ¿Verdad que se quedarán un rato con nosotras?

Era imposible negarse a esa invitación y, aunque el barco de los dioses tenía la capacidad de repararse a sí mismo, hasta el día siguiente no habría reconstruido su ala rota. Así que aceptaron el ofrecimiento de las tres brujas y entraron a merendar.



—Si no comes algo nuestras anfitrionas terminarán por enfadarse. No puedo verte pero tampoco te oigo masticar —le decía a Arpón el farero— ;te aseguro que están deliciosos.

—La verdad es que tiene buena pinta —dijo Arpón mirando al pastel y luego a las brujas—, pero no sé si...

—Míralo, que es tímido y todo —empezaron las brujas.

—Sí, y parece fuerte como un toro —admiraban ellas.

Arpón volvió a mirar al pastel, respiró profundamente y dio un ligero mordisco.

Estaba delicioso.

Después de que ya ninguna miga de pastel ni gota de chocolate, quedaran en la mesa, se pusieron alrededor del fuego. El farero contó alguna historia, el gato ronroneó y las tres brujas miraron fijamente a Arpón, el cual se vio obligado, a petición popular, a contar la historia de su encuentro con la niña Lilith.

—La verdad es fue toda una sorpresa —comenzó su relato Arpón—. Cuando encontramos a una niña a punto de ser devorada por los tiburones. Y aunque es norma entre los piratas no apiadarse de nadie, había algo en esa niña que nos enamoró a todos en el barco.

—Menuda suerte —se escuchó susurrar a una bruja.

—Supongo que se ahogaría en el naufragio, como todos —continuó Arpón con tono triste—. El mar tiene momentos en los que nada ni nadie puede resistirse a su poder. Os juro que pasamos la peor tormenta que yo haya conocido jamás; olas enormes nos zarandeaban como si el barco



fuera de juguete, los rayos y el viento huracanado nos azotaban salidos del infierno. No se como pudimos sobrevivir este bicho negro y yo.

—Pero... —interrumpió una bruja.

—Lilith no se ahogó —apuntó otra.

—Sigue viva, aunque está en peligro —afirmó una tercera.

—Lo estará, hermana, estará en peligro mañana —corrigió la primera—. Hoy es martes, el día de los conjuros verdes.

—¿Martes? —se extrañó— ¿No es sábado? ¿Y porqué me he lavado la cara?

—Sí, martes, ayer fue lunes... Creo.

—Bueno, pues estará en peligro mañana —vaticinó más segura una tercera bruja.

El gato negro se subió de un salto encima de la mesa y se quedó mirando fijamente al pirata. Éste se le quedó mirando también.

—Sí, vale, está viva —dijo Arpón— ¿Y?

El gato no decía nada, no se movía, sólo lo miraba.

—¿Qué me miras, bicho peludo? —continuó el pirata— No, no, ni lo sueños. El barco ese es un regalo maravilloso, con él seré el mejor pirata de todos los tiempos. No perderé el tiempo con una niña, aunque me caiga bien.

—Miau —le dijo orgulloso el gato, bajándose de la mesa y marchando hacia la puerta, dándole la espalda al pirata.

—Espera un momento —empezó Arpón— ¿Dónde vas? Ven aquí,



maldito bicho... De acuerdo, tú ganas, iremos a por Lilith. Si éstas amables señoritas nos dicen dónde está, claro.

Rápido movimiento de orejas puntiagudas y bigotes de gato, ojos verdes de espejo suave demostrando alegría, el anciano farero sonríe, las tres brujas se ponen coloradas y Arpón no sabe en que lío se ha metido.

Sólo cuando las tres brujas le explican algo acerca de un bosque congelado, la malvada PlataFalsa, Titania durmiendo un sueño oscuro y tres demonios con ganas de bronca, Arpón se da cuenta de que hay mañanas en las que es mejor no salir de la cama.

☛ *Del peor de los fríos, el que viene de dentro.*

El suelo un mar de hielo negro, cada árbol un pilar de oscura luz, en el aire el aliento de Lilith niebla por un instante. Hacía un frío cortante, salía de cada pequeño rincón y buscaba quedarse en su alma; era malvado e intenso, como la mirada de PlataFalsa observando su obra cruel.

—Ven aquí Dodothan —susurró con voz de asesina—. Creo que tenemos un visitante.

—¿Un visitante, mi señora? —replicó asombrado el demonio— Pero si aquí no puede quedar nadie vivo.

PlataFalsa no contestó, simplemente miró al demonio con sus ojos rojos de fuego, lo suficiente como para que a éste se le pasaran las ganas de pensar por su cuenta durante mucho tiempo. Dejó a PlataFalsa y fue en busca de sus hermanos que estaban jugando con algunos duendes congelados.

—Venga hermanos —les animó frotándose las manos—, hay alguien suelto por el bosque.

—Si, anda ya —le dijo Totothan—, aquí no puede quedar nadie...

—Shhhhh —le interrumpió Dodothan—. Nuestra madre de las pesadillas está de mal humor, ¿queréis ir a contradecirle?

Sus hermanos negaron con la cabeza y salieron obedientes los tres a la búsqueda de ese misterioso visitante que había sobrevivido al hechizo del espejo.

—¿Por qué has hecho que se fueran los demonios? —le preguntó Lilith a PlataFalsa saliendo de detrás de un árbol.

—Porque son un verdadero incordio, niña —le contestó la malvada pesadilla

Sus miradas se cruzaron de nuevo, hacía un tiempo que PlataFalsa había descubierto a Lilith, pero no había hecho nada. Esperaba el momento adecuado. Y la verdad es que su mirada haría sentir miedo al más valiente de los guerreros, pero esa niña la aguantó durante mucho rato sin ni siquiera pestañear. Esto impresionó a PlataFalsa, le intrigó y le hizo querer hablar con ella.

—Dime, ¿quién eres? —preguntó PlataFalsa con su voz de serpiente.

—Me llamo Lilith Pelocobre, vengo desde Atardecer. Pero eso no importa mucho, ¿verdad?

—No, no mucho. No verás otro atardecer, ni a tu Atardecer, no más anocheceres, ni amaneceres. Nada para ti, pequeña. Nada para nadie.

La voz de la pesadilla se hacía oscura como la noche que los rodeaba, pero sin embargo su rostro era hermoso, tallado en el más puro ébano. Sólo sus ojos no correspondían al resto, eran terribles, malvados desde su luz al alma.

—¿Por qué todo esto? —preguntó triste Lilith.

—No esperes razón, niña. Esto es el Mal, la ausencia de luz, por el mero placer del vacío. Cuando tienes frío dentro ya nada te satisface más que el frío fuera.

Esto hizo pensar a Lilith, todo aquel bosque que había tenido tanta vida, tanta magia, ahora era cristal oscuro, magia, sí, pero negra. Volvió a mirar a PlataFalsa y se dio cuenta de que era difícil seguirla porque



parecía que la luz no quería alumbrarla. Ni siquiera tenía reflejo en el hielo, ¿o sí?. No, no era su reflejo, pero podría serlo. Bajo una capa de maldad congelada, yacía una figura exacta a PlataFalsa, pero con unos ojos dulces y soñadores. Unos ojos ahora tristes, ahora vacíos.

—¿Quién es ella? —preguntó Lilith, acercándose a esa figura borrosa bajo el olvido.

—Preguntas demasiado —le contestó PlataFalsa—. Ella es Titania, bella y hermosa, diosa del mundo, todo lo que desees en tu sueño feliz. Y yo soy PlataFalsa, su reflejo, su miedo, su oscuro remordimiento, su pesadilla que nunca quiso soñar. Y por no soñarme me condenó al olvido, ella me hizo, ella ahora duerme para siempre. pero ya no puede soñar. Ese es su castigo.

Lilith se acercó más al lugar donde estaba enterrada Titania. PlataFalsa la miraba tranquilamente, puesto que en su pensamiento no entraba la posibilidad de que la niña viviera mucho más. Quería matarla, verla muerta por haberse librado de su hechizo, por no tenerle miedo. Sólo le quedaba por saber de qué modo iba a acabar con ella, eso estaba rumiando.

Y en lo que a formas de hacer sufrir se refería, os puedo asegurar que PlataFalsa podía estar pensando durante mucho rato.

Un mucho rato estremecedoramente largo.

☛ *De sueños buenos y la lunas hermosas, noches eternas y misteriosas*

—¿Cuánto rato hace que es de noche, farero? —preguntó Arpón mientras manejaba con mano firme el timón.

—Ya debería haber amanecido —contestó preocupado el anciano—. Creo que nos dirigimos a un lugar maldito.

—Quizás sería mejor que atracara el barco y bajaras —le aconsejó Arpón.

—Ni pensarlo. He llegado hasta aquí y seguiré adelante. No sé si crees en el destino, pero yo sí, pirata, y si tú llegaste a mi faro, si tú pudiste ver al barco... Todo está escrito y mi destino está en el mismo cielo que el tuyo. Aunque sea el final de mi camino.

Arpón no contestó porque a palabras como aquellas sólo el silencio podía hacerles justicia.

El barco navegaba veloz, deslizándose bajo la luna, silencioso, camino al bosque de Titania que ahora brillaba como un faro en medio de la noche. Todo aquel hielo daba una luz tan blanca que no era blanca, era una luz muerta y fría. La luz de la oscuridad absoluta.

Mientras, en el bosque, los demonios habían vuelto de su búsqueda encontrando a Lilith al lado de su reina.

—Bueno —comentó cansado Momothan—, parece que ya apareció el visitante.



—Sí —contestó Totothan—. Seguro que ahora tendremos que acabar con esa niña. Me duele todo, oye Dodothan, ¿cuándo se hará de día para que podamos dormir?

—Me parece que nunca, hermano —se quejó.


—Vaya, pues no me resulta esto ya tan divertido, ¿sabes?. A mí me gusta dormir, ¿sabes?

—Callaos ya —susurró Dodothan—. Si nos escucha PlataFalsa podría hacernos dormir... Para siempre.

Y por eso se quedaron a una prudencial distancia del lugar donde la pesadilla más astuta del mundo miraba pensativa a Lilith, seguramente ya se le había ocurrido una forma lo suficientemente cruel de librarse de la niña.

Ésta le dirigió una mirada rápida y luego observó a Titania, pensó en el reino que antaño debió haber sido el bosque, en la luz de verdad, en los sueños de vida, de aventura; en la luz dorada de su casa, de su río de oro, de los ojos de Kara y de cómo le acarició el cabello, en su gato negro sin nombre que la acompañaba a todas partes. Y todo eso en un parpadeo, en un suspiro.

Y por tercera vez en su vida una lágrima de plata surcó su rostro lleno de pecas, acarició su mentón y cayó lentamente al suelo. Y el trozo de hielo donde Titania moría empezó a brillar, asombrando a PlataFalsa y a los tres demonios.



—¡Nada de lo que hagas me detendrá! —exclamó PlataFalsa cubriendo sus ojos de aquella luz cada vez tan intensa— ¡Matadla, matadla! —gritó a los demonios.


Y los tres demonios hubieran saltado sobre Lilith si en ese preciso momento un barco de alas de mariposa no hubiera aparecido justo sobre sus cabezas. Descolgándose por una cuerda Arpón se plantó entre los demonios y la niña. En su mano derecha un sable, en la mirada confianza de saberse el pirata más terrible de los mares.

En el barco el anciano ciego lanzaba un ancla hecho de luz, que mantendría el barco sobre el bosque mientras todo se resolvía, para bien o para mal.

La lucha fue dura, los demonios intentaban hacer caer a Arpón para atacarle en el suelo, pero éste les propinaba tremendos golpes tanto con el sable como a base de patadas y puñetazos. No penséis que fue un hermoso combate, había demasiado en juego, así que hubo arañazos, zancadillas, estirones de pelo (y de cuernos) y todas las tretas y trucos sucios que sólo piratas y demonios pueden llegar a conocer.

Baste decir que al final los demonios se encontraban derrotados a los pies de Arpón y que el pirata acabó sangrando por muchas heridas.

PlataFalsa no había podido hacer nada, la luz que había nacido de la lágrima de Lilith la había cegado y eso alimentaba su ira y su odio. El hielo que encerraba a Titania desaparecía y sus ojos volvían a recobrar vida y sueño. Lilith la ayudó a levantarse, estaba muy débil, pero conservaba toda su fuerza interior, sólo era cuestión de tiempo que recobrara su poder.



—¡Maldita seas, niña! —odiaba PlataFalsa—. No sabes lo que haces si crees que esto me detendrá, no me conoces. Soy reina de la noche de los condenados, mi poder aquí es inimaginable. Acabaré con todos los que vengan a ayudaros.

Titania se acercó a PlataFalsa, tenía el rostro sereno y la mirada triste. La pesadilla no hacía más que maldecir y gritar, lanzando golpes al aire que la rodeaba, ciega como estaba. Titania la cogió de una mano, luego de la otra; PlataFalsa intentaba liberarse sin éxito cuando Titania la abrazó.

Pero no creáis que era un abrazo normal, era uno de esos abrazos mágicos para momentos mágicos.

—¿Podrás perdonarme, PlataFalsa? —le susurró al oído Titania— Perdóname por abandonarte tanto tiempo, mi sueño, perdóname...

Y con estas palabras el Sol empezó a levantarse en el horizonte y su luz, dorada luz, se reflejó en todos los árboles de hielo, en el barco y en sus alas de colores, en los ojos de Titania que miraban a los ojos de PlataFalsa llenos de fuego rojo que, en un momento, se apagaron con una lágrima que nunca nadie hubiera pensado que la pesadilla pudiera guardar en su interior.

Y después de la lágrima PlataFalsa se desvaneció en la luz, como un espejismo que no hubiera nacido nunca, como una pesadilla cuando llega el día, como los gritos cuando se los lleva el viento.

Y así termina la historia de PlataFalsa, la oscura, y de su maldad y soledad. Pero no así la de Lilith Pelocobre, a la que todavía le quedaba un poco más de dulce sueño y aventuras bajo el Sol de mediodía.

Así es, aún le quedaba, posiblemente lo mejor.

☛ *Del porqué la vida es sueño y los sueños, vida son*

Luz.

Luz de alba clara, de agua, de ninfa anaranjada y curiosa.

Luz, al fin y al cabo, que se hizo dueña del bosque, expulsando a la noche impostora, oscuridad sin estrellas ni luna, que la malvada PlataFalsa había invocado.

Calor.

Calor porque la luz del Sol lo trae en sus rayos.

Calor que derrite el hielo encantado que apresaba en sus brazos a los duendes y hadas, ninfas y elfos, fantasmas y sueños del bosque sin Final.

La vida volvía entre los árboles y su reina miraba, alejada de todos, cómo el Sol ascendía por el cielo, ella con la mirada pensativa y triste, él con su abrazo cálido y reconfortante.

—Ay, cuidado —se quejaba Arpón al sentir el alcohol en sus heridas—
¡Farero!, ¿no podrías tener más cuidado?

—Lo siento, pirata – se reía el anciano —yo creía que eras un hombre duro. De todas formas así sé dónde te duele; cuando gritas mucho es que he encontrado una herida.

—Yo soy el pirata, ¡ay! más duro de ¡ay! todos los mares, ¡ay!. Pero estamos en tierra, ¿sabes?

Lilith estaba sentada, con un gato negro sin nombre a sus pies, mirándola, mirándole, porque hacía tiempo que esas dos miradas no se encontraban y eran sentimientos que esperaban ese momento con muchas ganas, con las más posibles.

—Creo que es allí abajo —se oyó a lo lejos.

—¿Tú crees, hermana? —se oyó de nuevo.

—Será mejor que aterricemos —se percibió más cercana una tercera voz.

Y con un sonoro estampido tres brujas, montadas en sendas escobas, aterrizaron con bastantes dificultades en un sitio no muy lejano de donde en principio pretendían hacerlo.

—Es la última vez que tu guías, guapa —dijo una bruja con tono venenoso.


—Pues si lo hicieras tú que estás medio cegata —apuñaló otra.

—Vale, vale, por lo menos hemos llegado, ¿no? —apaciguó la tercera.

—Ay —volvió a exclamar el pirata al encontrarle el farero una nueva herida.

—¡Pirata a la vista! —gritaron las tres brujas a la vez.

Y con tres brujas casi encima, Arpón intentaba escabullirse con el farero riendo de buena gana y Lilith sonriendo al reconocer a sus amigas brujas. Titania se acercó a Lilith, acarició un momento su largo cabello pelirrojo y se la llevó un momento entre los árboles que la rodeaban.



—Tengo que agradecerte lo que has hecho por todos nosotros —dijo Titania—. Sin ti todo habría acabado bajo el frío eterno de PlataFalsa, bajo su manto de soledad.

—No, reina, te equivocas. No tienes que agradecerme nada —le contestó rápidamente Lilith—, han sido todos los que han guiado mis pasos a quien tienes que estar agradecida. Yo sólo he seguido un camino en busca de sueños y llegué dónde muchos me indicaron.

—Es posible que tengas razón, pequeña, pero de todas formas cuenta con eterno agradecimiento. Por siempre.

—Gracias, gracias entonces.


Y bajo el sol esmeralda un Dios del Mar observaba con una sonrisa cómo su hija Kara miraba la escena en un espejo de reflejo mágico.

—¿Crees que volverá, padre mío? —preguntó la sirena.

—No es que lo crea, hija mía —le contestó el Dios del Mar mesando su larga barba, lo sé.

Y cuanto más grande se hace el Sol, más lejana se vuelve esta historia, sueños y soles no están hechos para vivir juntos. Así que es mejor que dejemos a Lilith, a Arpón, a las brujas y al farero, a un gato negro sin nombre y a elfos, hadas, lirones y ardillas; a todos en el bosque mientras el mundo continúa su curso.

Puede que todo fuera un sueño, una ilusión, uno de esos momentos en los que lo que crees cierto se confunde con la imaginación, con lo que más deseas. Que nada fuera real, todo un espejismo adormecido, historia de reloj lento.



Pero quién soy yo, o tú o nadie para saber si lo que vives es realidad o ficción, si los sueños se apoderan de ti o si tú te apoderas de los sueños. Sólo hay que vivir lo que creas vida, tanto de noche como de día, tanto por fuera como por dentro.

Porque cada pedacito de vida está hecho de sueños, cada hora, minuto o segundo tiene que tener sentido, significado, sonrisa en los labios, esperanza de un abrazo inesperado.

Y si tienes todo eso, tu vida es sueño y tu mundo bueno, entonces sólo tienes que seguir hacia delante y disfrutar del camino.

Y si no lo tienes, sólo hay que buscar sueños felices.

Sueños felices para dormir y volar.

